

Auméntanos la fe

Fernando Torre, msps.

La fe es un don que puede crecer y decrecer. ¿Cómo, pues, hacerla crecer? En primer lugar, como lo hicieron los apóstoles, pidiéndole a Jesús: «Auméntanos la fe» (Lc 17,5). Un músculo crece al ser ejercitado. De igual manera, la fe crece haciendo actos de fe, repitiendo en nuestro interior o en voz alta lo que creemos: «creo que me amas», «creo que estás presente en la eucaristía, en toda persona, en mí», «creo en la resurrección»... De gran provecho nos sería meditar el Credo de vez en cuando. La fe crece también cuando frecuentamos los sacramentos, leemos la Biblia, servimos a los

demás y por muchos otros medios. Pero el desarrollo de nuestra fe, más que ser obra de Dios, es obra nuestra, es obra de Dios que nos la aumenta? De un modo nada agradable: retirando de nosotros sus consuelos, ocultándonos su rostro, poniéndonos a prueba, haciéndonos experimentar que nos ha abandonado... Esto puede ir acompañado de una tarea que nos parece superior a nuestras fuerzas o que nos repugna, de una enfermedad, la muerte de un ser querido, un fracaso, un accidente, una incomprensión, una crítica, una agresión... En situaciones como estas, se nos presentan muchas tentaciones: abandonar el camino de fe, renegar de Dios juzgándolo como injusto o cruel, culparnos de nuestro lastimoso estado, culpar a otros de habernos engañado, pensar que fue mentira lo vivido en el pasado, ir a caza



de consuelos o de experiencias sensibles placenteras... En situaciones como estas, para mantenernos «firmes en la fe» (1Co 16,13), siempre contamos con la ayuda del Espíritu Santo y con la presencia maternal de la Virgen María. Si le pedimos a Jesucristo: «auméntanos la fe», hemos de estar dispuestos a que él nos la aumente a su modo y utilizando los medios que él quiera; de otra manera, sería mejor no pedirle nada.

